EL ESCARAMUJO

Revista Cultural de Jabaloyas - Nº 2 - Año 2012

ASOCIACIÓN CULTURAL SAN CRISTÓBAL

El Escaramujo.
Revista Cultural de Jabaloyas.

Nº 2 - Agosto 2011

Edita:
Asociación Cultural San Cristóbal
JABALOYAS (Teruel)

Redacción:
Raquel Cadierno Domingo

Depósito Legal:
TE- 138/2011

La Asociación Cultural con el presente número acomete una gran aventura, sacar adelante una revista cultural en la que tengan cabida las inquietudes e intereses no sólo de nuestros vecinos, si no las de todos los de nuestra comarca.

Somos conscientes de la dificultad de la tarea, pero emprendemos el proyecto con gran ilusión y esperamos que con la colaboración de todos, a este, sigan otros muchos números cada vez mejores.

La Junta, queremos agradecer especialmente a Raquel Cardierno el esfuerzo y tiempo dedicado a la consecución de este proyecto y a la Comarca todo su apoyo, incluido el económico, sin el cual no hubiéramos tenido los medios necesarios para llevarlo a cabo.

Esperamos sinceramente que el presente sea de vuestro agrado.

La Junta.

ÍNDICE

Recuperando el Patrimonio 03
Por Antonio Sánchez, alcalde de Jabaloyas.

José Antonio Jarque Domingo "Perolo" 05
Entrevista a un vecino entrañable.

La Labranza antaño 08
Según Eloy Domingo.

Otras tierras con encanto 10
Sierra de Albarracín.

Aragoneses ilustres 11
La gran Raquel Meller.

Si las paredes hablasen 12
La importancia de no olvidar.

Naturaleza viva 13
El águila real.

Nuestra historia 14
Los juegos de siempre.

El rincón del lector 15
"Un león llamado Christian".

Flora aragonesa 16
Plantas medicinales de Jabaloyas.

Lo que de verdad le importa a una sardina 17
Cuento brujeril bajo el agua.

¡Ay, maño 19
Cómic y Agradecimientos.

Recuperando el Patrimonio

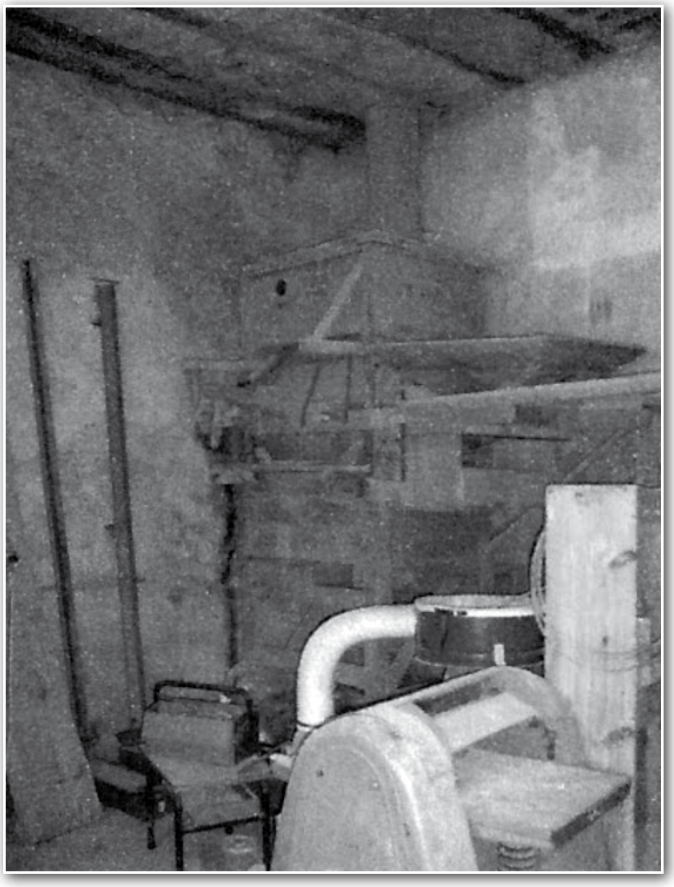
Todos en algún momento hemos pensado lo que nos gustaría hacer o que se hiciese por nuestro pueblo. En mi caso he tenido la oportunidad de hacer realidad esas ideas.

Siempre ha habido dos monumentos relevantes en el municipio que los he considerado de incalculable valor artístico y monumental: la Ermita de Los Dolores y la Casa de los Diezmos y Primicias.

La Ermita de Los Dolores, una joya del gótico-mudéjar aragonés, que estaba en un lamentable estado de conservación, prácticamente en ruinas, hemos tenido suerte de que las nevadas no fueran tan copiosas como antaño, de lo contrario no las habría soportado. La rehabilitación ha consistido en la consolidación de todo el edificio desde la cimentación hasta la techumbre, que es una autentica maravilla, tanto por la bóveda de crucería estrellada como por el artesonado de madera, se ha recuperado en su integridad, no las pinturas florales del ábside que podrán restaurarse cuando la situación económica lo permita.

No a todo se ha llegado a tiempo, porque el arco central se había partido y ha sido imposible volverlo a su posición original, pero sí en el momento crítico para salvar a la ermita de un inevitable colapso. La actuación ha sido lo más respetuosa posible para mantener su autenticidad y originalidad, por medio de una empresa con clasificación especial, necesaria para acometer estos trabajos tan singulares. La subvención la solicité a la Dirección General de Patrimonio del Departamento de Educación, Cultura y Deporte de la D.G.A. En noviembre

de 2006 nos visitó la Directora General Dª Mayte Pérez y comprendió mi preocupación al ver su estado, y la importancia que el edificio poseía. El 6 de Abril de 2007 nos concedieron la deseada dotación económica, correspondiendo abonar al Ayuntamiento únicamente el 8 % del total.



El otro edificio La Casa de los Diezmos y Primicias, es uno de los principales exponentes de la Arquitectura Civil de La Sierra de Albarracín donde el Obispo de Albarracín recaudaba y almacenaba los diezmos de la zona.

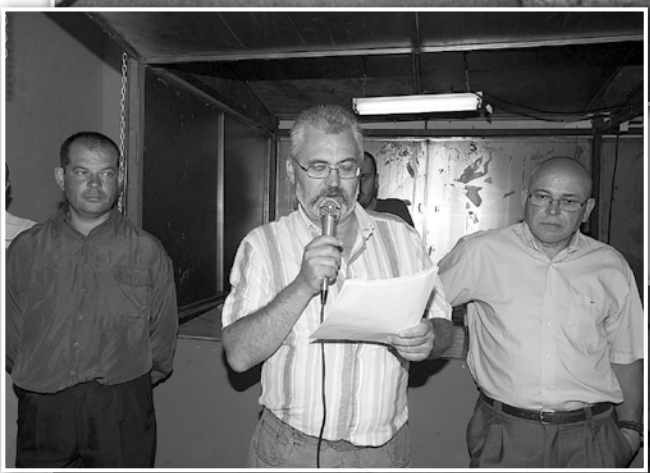
Este inmueble siempre me ha llamado mucho la atención por sus dimensiones, por su estética, armonía, etc. pero sus arcos cegados nunca me agradaron, truncan la espectacularidad de la fachada. Muchas veces hablando con mi padre me comentaba que los arcos debían abrirse. La verdad es que la plaza ahora tiene otro ambiente y si se contempla desde El Decaradero se aprecia más el conjunto.

No voy a entrar en detalles técnicos, pero si os quiero comentar un poco la restauración de La Casa de los Diezmos que también contaba con importantes problemas estructurales, el tejado estaba completamente lleno de goteras, con rollizos y tablas podridos en toda su superficie, el forjado de la primera crujía tenía un hundimiento de unos 21 cm. donde se acumulaba el agua, por lo que se tuvieron que sustituir diez vigas, en cualquier momento podría haber habido un derrumbe.

La carta de aprobación para la primera fase del tejado , coincidió en fecha con la de La Virgen de los Dolores, ya podéis imaginar la alegría que me supuso. Sólo por esto ya me sentí satisfecho de ser Alcalde, los edificios más emblemáticos se iban a salvar, a recuperar.

En líneas generales las obras de las tres fases, consistieron en:

1- Recuperación de tejas, cabríos, rasillas y tablas para la sustitución del tejado y aleros, la superficie del tejado es de 300 m/2. la restauración fue lo menos agresiva posible.



2- Reposición del forjado deteriorado, refuerzo y nivelación del mismo, pavimentación con yeso artesano de Albarracín, tratamiento y pintura de la estructura de madera, instalación eléctrica y des cegado de los arcos...

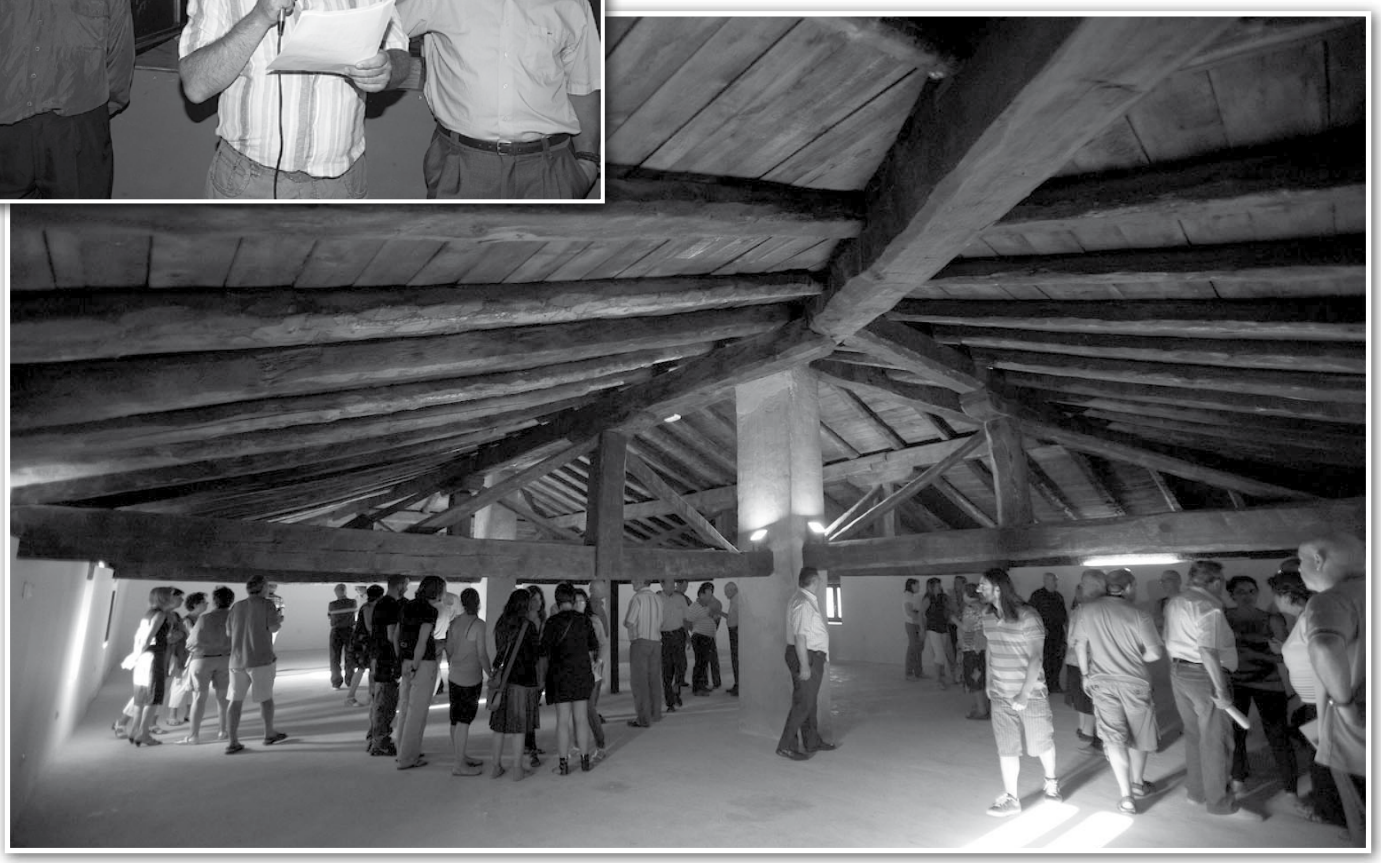
3- Desmontado y traslado del molino, pavimentación, construcción de los aseos, picado y revoco de las fachadas, pintado de todos los elementos, colocación de las puertas,...etc.

La primera y segunda fase se solicitaron al Fondo de Inversiones de Teruel, **son unas subvenciones que llegan al 100 %, con coste cero** para el Municipio. Estas subvenciones son la primera vez que llegan al pueblo de Jabaloyas, aunque están en vigor desde 1992, en la tercera la ayuda vino del convenio ASIADER-COMARCA donde el Ayuntamiento tuvo que pagar el I.V.A, la consecuencia de todo esto, ha sido que con muy poco capital vamos a recuperar y poner en valor un inmueble destacado de nuestro patrimonio. Todo esto ha supuesto muchas horas de trabajo, escritos, reuniones, viajes,..... del que suscribe, **pero creo que ha valido la pena por el resultado obtenido. Ahora es tarea de todos respetar y cuidar nuestro patrimonio como algo propio del que nos sentimos orgullosos**.

Se han llevado a cabo otras obras, todas ellas importantes y necesarias para el bienestar y mejora de la calidad de vida de todos. En las próximas ediciones si os parece las iremos describiendo, ahora por las limitaciones de espacio en la revista hemos de ir acabando.

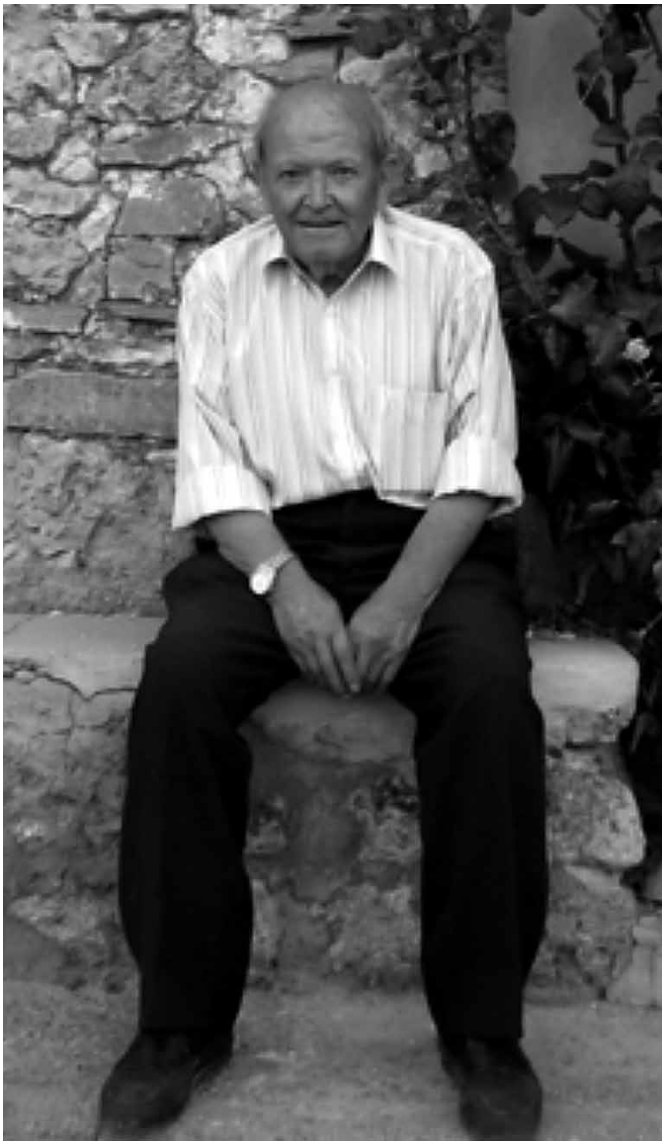
Alcalde de Jabaloyas.

Antonio Sánchez Sánchez.



Entrevista

José Antonio Jarque Domingo (Perolo)



José Antonio nació el 17 de marzo de 1925. En aquella época había unos doscientos vecinos en Jabaloyas (doscientos cincuenta contando con Arroyofrío, aldea de nuestro pueblo). Sus padres se llamaban Antonio (Antón) y María Cruz. Su familia era conocida como "los Perolos".

-¿Qué recuerdos tienes de tu infancia?

Fui un año a la escuela. Tenía once años cuando estalló la guerra, y cuando acabó, catorce. Estuvimos en Saldón mientras duró. Luego vino la posguerra, que fue muy dura. Yo estaba de pastor, y el día que no, a labrar, y a por leña. Mi madre se dedicaba a la faena de la casa y mi padre con las mulas, la labranza, y a por leña, a sacar estiércol… Tenía un hermano que murió con diez años (yo entonces tenía catorce). Estando de pastores con Juan Antonio, toparon con una bomba. Quedó mucha metralla por aquí. Ahí debajo de la escollera del Jabalón fue. Mi hermano fue más atrevido y se acercó, y la bomba estalló. Se lo llevaron desde aquí con una camilla a Valdecuenca, y de Valdecuenca allá abajo, con uno que lo llamaban "el tío Blas", que hacía servicio con una camioneta, se lo bajaron a Teruel. Aquella misma noche, mi hermanico murió. Y Juan Antonio perdió el ojico, pero por lo menos ha vivido la vida, vaya.

-Háblanos de la posguerra en el pueblo.

Aquí por estos pueblos, cogías el trigo, las patatas, las judías… y criabas un gorrinico, y tenías conejos… en fin, que comíamos cosas de lo criado aquí, no como ahora que hay de todo lo que quieras pedir… y entonces, pues eso, lo del terreno. Que los que estaban en las capitales, las pasaron negras. Yo, cuando fui a la mili, en Zaragoza, donde más hambre he pasado en toda mi vida. Con mil pesetas en el bolsillo. Mis padres cuando me escribían, me preguntaban que si me mandaban perras… y yo "pero si aún llevo todas las que me llevé; que no hay nada, y paso más hambre que las ratas". Fíjate las carajullas de las habas, las peladuras, nos las daban para primer plato; y los granos, de segundo. Pero claro, allí un cazurrón de agua, y los granos por ahí bailando, como cucharetas. Pero hombre, una cosa mala. Por aquella época salió Epardos, que traía paquetes; "mira a ver si me puedes traer algo de comer porque aquí no…"Y sí, sí, me mandaba mi madre, que en paz descanse, pues cada quince días. Yo estuve tres años haciendo la mili. Cuando fui yo, había seis quintas con la mía. Estaban los de la quinta "el cuarenta" hasta "la cuarenta y seis". Había algunos que llevaban siete y ocho años de mili… les pilló toda la guerra… y luego, claro, terminó la guerra y tuvieron que hacer la mili. Yo me escapé por pelos de la guerra. Yo estuve en sanidad, en la enfermería, y cuando me daban permiso, volvía a visitar a mi familia.

Cuando regresé de la mili, lo que tenía de antes. Los tres años que estuve fuera, dimos las ovejas a Censo, a un hombre que había ahí en una masada que había más arriba de Royuela; el "tío gallina", que le decían, y el hombre nos pagaba el rento que acordaran mi padre y él. Entre lo que nos daba Censo y lo de casa, salíamos adelante, porque siendo tres –mis padres y yo- el gasto ha sido poco. Se gastaba a lo mejor para el matapuercos, y luego para segar, y se echaba un viaje a Teruel y te subías pues algo así como gaseosa, chocolates, aunque había tienda aquí en el pueblo. Tormón, Alobras, Valdecuenca y estos pueblos de alrededor, venían aquí. Aquí había dos herreros; uno, el padre de Eloy, y otro, primo hermano del tío Joaquín, que vivía allí en la herrería. En la misma casa tenían la fragua. Yo estuve un año en Cataluña porque el hijo mío se empeñó que se quería ir al reino con las ovejas (así llamaban a irse a "extremar"). Pegando a Cartagena estábamos. Y se fue con mi cuñado, con Fortunato y Cristóbal Pichón. Y aquel año, como se fue él, que aquí no había jornales

ni había nada, yo con uno que decían "Amalio", del Tío Pío, que ya ha muerto… luego él se fue a Valencia. Se juntó con una y se fueron a Valencia. Allí estuvieron unos años. Ya ha muerto él. Su hermana se casó con uno de Tormón. Y ahora están en Teruel. Yo tendría entonces una cuarentena de años. Se fue el hijo con estos al reino, y al otro año me tuve que ir yo, que dijo que no quería ovejas. Y yo me dije que para abandonar la familia e irme por ahí con las ovejas, no. Y las vendí y me quedé unas poquicas, y peleamos aquí la familia. Yo me casé a los veinticinco, al otro año de venir de la mili. Canté yo el mayo, y el marido de Rojelia, hermano de Felicitas, y la mujer de Santiago Canela, Crónidas, que ya ha muerto… y la otra está por Barcelona, en una residencia. Bueno, pues terminamos de cantarlos…y bueno, y "cuánto vale este mayo", y saltó ese que te digo yo, y dice "un duro" o "cinco pesetas". Yo no supe quién, y como no supe quién, pues yo subí una más, a seis. Al final la puja fue para mí… que si lo hubiera sabido, me estoy quieto, y se la hubiera llevado él. Mi mujer se llamaba Teresa Rodríguez Lázaro. Me casé a los veinticinco, y tuve dos hijos, María Teresa y Pedro –aquí le decíamos Benito, porque el abuelo mío se llamaba así, y la madre de María Teresa quiso que le pusiéramos el nombre del día –que fue Benito-. El muchacho, mientras estuvo aquí conmigo, el día que podía se iba de pastor, y luego cuando cumplió los dieciocho años se fue a Cataluña un par de años o tres. Luego fue a la mili. Y vino de la mili y una tarde, un domingo me parece… que me fui yo de pastor, se encontró con Liberato, de la tía Patajuela, que ya era forestal, y le dijo que había oposiciones para forestal, pero que antes tenía que ir dos años a escuela, allá a Pontevedra. Y allá que se fue él. Después salieron oposiciones, aquí en Teruel, y allí en Lérida… Y

echaron la instancia ellos… Al tener preferencia de haber estado en una academia, les dieron para tres sitios. Ya me lo dijo él, que le acompañé aquella mañana; "estoy por volvernos a casa y no irnos al examen" –porque en la academia había visto gente que tenía influencia-. "Aquí no hay nada que hacer; hay más que tienen influencia que plazas ahora". Y así pasó: en Teruel no aprobó, y en Lérida sacó el número uno. Fue a trabajar a Lérida; y sabría allí igual que en Teruel. Estuvo en un pueblecico, Adral, en la provincia de Lérida. Entonces había un forestal por cada pueblo, y ahora están todos en Teruel. Pues allí pasó igual. Los reunieron todos en la sede de Urgel, allá cerca de Andorra, un pueblo majo. Y allá terminó. Mi hija Teresa se quedó aquí con su madre. Algún día que me veía yo obligado con la faena, fue con las ovejas, de pastora, aunque poco. Mi hija estuvo en el pueblo hasta que se cerró la escuela; luego por los muchachos se tuvo que bajar del pueblo. Se casaron todas las de su tiempo. El yerno es de la aldea, de allá de Arroyofrío. Ella se quería ir. A lo mejor si la escuela se hubiera continuado, pues a lo mejor se hubieran quedado.

-Volviendo a la guerra y sus consecuencias, ¿conociste a los maquis?

Una noche venía yo de ver a la novia, de casa Teresa… serían la una o las dos, por ahí, y estaban en la puerta del tío Braulio. Al verlos yo desde la esquina donde vive César, me fui para evitar problemas. Me vieron. Resulta que a la que llegué yo a la esquina donde está ahora el bar, ya había allí dos o tres. Me dijeron: "¿y de ande vienes tú a estas horas?", y había uno que lo conocí, y él a mí también (por eso se fue un poco más largo). "Pues vengo de ver a la novia; nos hemos enredado charlando y charlando, y ahora pues me voy a mi casa". Eran guerrilleros del Levante. "Esto chitico, ¿eh?". "No tengáis cuidado; yo vengo de ver la novia, me acuesto, y mañana voy a mi trabajo. No se les contaré ni a la familia". Y lo sabes tú ahora, que no se lo he contado a nadie. No me volví a encontrar con ellos. Es que la posguerra fue tremenda. Nosotros en Zaragoza, el muchacho de Gea, otro de Ceia, y otro no me acuerdo de dónde… nos fuimos un domingo allí a la huerta… y eran las almendras, cuando tira el almendro la flor y comienzan a cuajar… está amargo como la hostia consagrada. Pues estaba mejor que las patatas con carne. Aquella mañana, si no se va el hombre de allí, entre los cuatro lo matamos… mira cómo estaríamos. Viene por allí voceando, que se lo iba a decir

al jefe… "estamos aquí comiendo esto, por no morirnos, que ya no podemos ni resollar. Así que haga usted lo que quiera. El árbol no se lo tocamos para nada, ya lo ve usted, porque somos labradores y sabemos de lo que va. Pero tenemos un hambre que es imposible de gobernarlo". Si no se va el tío de allí, aquella mañana cuca. Cualquiera cuando tiene hambre, hace barbaridades. Aún le enseñé yo la cartera. "Aquí llevo yo dos mil pesetas. ¿Y qué hago, me las voy a comer? Aún estarán peor que las almendras estas"… Hemos pasado mucha ruina… por eso somos tan descastaos y tan... No lo tomes a risa, que lo hemos pasado muy estrecho, muy estrechico. En las capitales pasaron mucho hambre. Yo pasé allí tres años, y a poco me muero. – El padre de mi mujer, cuando iba pastor, para no pasar frío y entrar en calor, se comía cabezas crudas de ajos enteras. Y yo lo veía y me revolvía de espaldas. Es peor la posguerra que la guerra. Aquí en los pueblos, como el trigo era nuestro… el pan lo hacíamos de nuestro trigo… bajábamos a Tormón a moler… tenías unas patatas, unas judías, los conejos, un gorrino… aún fuimos comiendo. Ahora, los tres años que estuve de mili en Zaragoza… madre lo que pasé yo allí.

-¿Qué recuerdas de los carboneros?

Iban a Extremadura andandico; haciendo lenguas se enteraron que allí había trabajo. Iban directos allá, y allí pasaban el invierno, y ya a últimos de abril, primeros de mayo, volvían. El que no tenía cuatro ovejicas, el que no tenía bichicos de esos, a ganarse la judía. ¿Qué iba a hacer todo el invierno aquí?… Y que muchos se venían de noche, sin decir nada, porque no habían ganado lo que habían gastado el invierno. Con que mira qué jornalazos harían. Yo eso no lo he hecho, pero mi padre sí. Estaba casado ya cuando fue. Se iba desde que terminábamos de sembrar, de trillar. En cuanto se sembraba, se iba, hasta abril, y a veces, hasta mayo. Tiraban carrascas y hacían los hornos para hacer carbón. Luego los terraban, les daban fuego y después salía el carbón. Y a razón de las arrobas que sacaban al cabo del invierno, de la temporada que estaban, les pagaban a como fuera la arroba. Se dejó de hacer cuando el carbón vino a menos. Luego se fueron a Cataluña. Yo sí que estuve en el Monsén. Allí hacía leña. El último mes que estuvimos, estuvimos pelando pinos.

-Pues ahora es zona protegida, no dejan cortar nada.

No es muy apetecible el cortarlos, no. Cuántas tragedias hemos pasado… me cagüenla…

-¿Eres cazador?

Yo no he tenido un arma nunca, pero lo que sí me ha gustado ha sido cazar tordejas, haciendo trampas con pelo de rabo de los machos o mulas, las laceras. Ponía dos palicos con tres ojicos en las ramas de las sabinas, en los callejoncicos; el uno confrontaba con el otro por medio, no se fuera el bicho, y ahí se quedaba atrapada. Tenía un corral en los Molinos –bajo el corral de Montero-. Allí había una sabinica con dos garras; allá a la mañana cuando iba, una; preparaba la lacera, y por la tarde cuando iba, cerraba las ovejas, y otra. Mira que cogería allí tordejas… Si iba otro y la veía, se la llevaba. Cada uno se buscaba la vida. Lo mismo que aquel otro tenía libertad para quitarte, tú lo mismo, si veías una lacera de él, la enganchabas y te la llevabas, y no pasaba nada.

-¿Sueles ir a coger rebollones?

El ir a buscar me hace una ilusión bárbara. Me ha gustado más el cogerlos que el comerlos; con dos veces que coma ya tengo bastante. Y ahora si pudiera estar para esas fechas, también los cogería.

-¿Qué sabes del por qué Jabaloyas es conocido como "el pueblo de las brujas"?

Yo lo que decía mi padre, que en paz descanse, es que si cuando yo nací estaba la cosa mal, de antes estaba peor. Se ve que la gente para ir por ahí a los peazos a por patatas o judías, se disfrazaban o se echaban algo para que el otro no lo conociera. Le sentí a mi padre que está en el cielo, que se lo sentía a los suyos. Aquí en toda la provincia lo conocen como el pueblo de las brujas. Yo les digo "si es el pueblo de las brujas, no os fiéis de mí, que yo soy brujo también", en broma. De catorce años me echó mi padre por ahí por esos ribazos, fíjate qué rendimiento le daría, con ocho cabras y ocho ovejas. Y resulta que la merienda, búscatela. Y estaba todo el día por ahí fuera. Y Juan Antonio igual. Pero entonces no había…

-¿Cómo vivías en el pueblo cuando tu familia se marchó a Teruel?

Yo bien, como un general. Ahora estoy muy arre bronco. No me ha gustado nunca la capital. Y ahora estoy… pues porque tengo que estar.

-¿Cómo es tu vida ahora?

Tengo ochenta y seis años. Las piernas ya no son lo que eran. Pues no he tenido pasicos dados, madre. Allí en la mañana, me levanto, allá a las siete o las ocho. Estoy un par de horas o tres andando. Y luego vuelvo a casa. Terminamos de comer, a las dos y media o las tres. Allá a las cuatro me voy al bar, con los viejos allí. Echamos un guiñote, y a las siete me replego. En la tele veo el parte, que todo es hablar, hablar, hablar, y criticarse los unos a los otros, y ninguno tiene un proyecto de "pues por aquí se puede salir". O se están matando o se están besando… que no, que no… y esto de las películas, no me gustan, no me gusta el cine, "no me ha tirado".

-¿Qué piensas de la situación actual en nuestro país?

Pues que hemos vivido por encima de nuestras posibilidades. Vosotros, jóvenes, habéis de ver de todo; DIOS quiera que me equivoque. Pero si no en un sitio, en otro, hay que pasarlo.

-¿Qué consejo darías a los padres para educar a sus hijos?

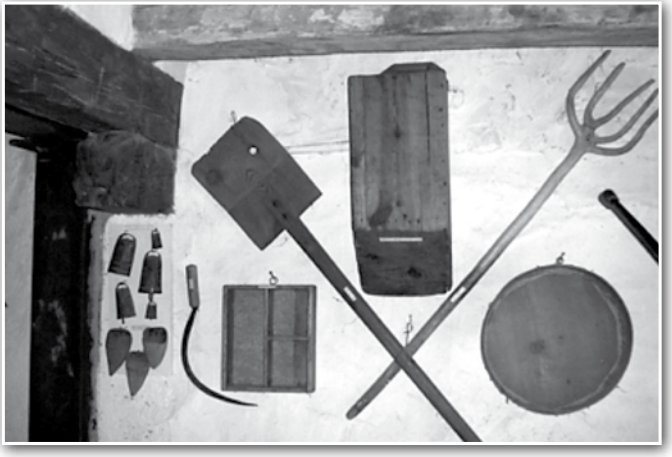
Trátalos bien, es el mejor trato que puedes hacer. Y en vez de coger un palo, dales un beso, y lo que te pidan. Y chitico. Y pasarás palante. Si comienzas a pegarles, en cuanto tengan tantos años como tienes, te vas a ver más negro que una endrina.

-Muchas gracias, José Antonio, por compartir tu tiempo y tu historia con nosotros.

Que tengáis salud, y nos veamos alguna otra tarde como ésta.

Raquel Cadierno Domingo

Eloy con piezas del arado romano, vertedera y trillo.



Esquilas, zoquetas, hoz, medidas de fanega, pala, horca y arel.

La Labranza Antaño

con Eloy Domingo

Hoy en día el hombre cuenta con una moderna maquinaria agrícola que facilita el trabajo en el campo. Pero, ¿cómo trabajaban la tierra los hombres de antaño, cuando no había tractores o cosechadoras? El Escaramujo habló con Eloy Domingo sobre los antiguos aperos de labranza y su uso en Jabaloyas.

-Eloy, ¿cómo se araba la tierra antiguamente?

-Se utilizaba el aladro. Era un hierro fuerte que llevaba un camal, y luego un agujero grande, de donde salía la reja. Llevaba una pieza que se llamaba telera, sujeta con una tuerca, para que cortara la tierra. Llevaba dos agujeros y el timón, que iba enganchado al yugo de los mulos. Los que había antiguamente, el aladro romano, eran de madera. Aquí había tres o cuatro de madera, como los que utilizaban el tío Gaspar o el tío Perolo. Se utilizaba para labrar la tierra, sembrar el trigo, las patatas, remolachas y demás, y después coger las patatas. Tenía unas piezas a cada lado que se llamaban orejeras, que son las que, más o menos abiertas, tenían la misión de expandir el surco, que quedara más junto o más abierto. Se utilizaba con caballerías. Había otros que tenían una pala, que se llamaba vertedera, que también era para labrar, lo que pasa es que la vertedera, en vez de orejeras, llevaba una pala, que tiraba la tierra solo a un lado. Podía interesar porque quedaba la tierra más recogida. Había otro que se llamaba vernete, que tenía dos palas, y que al final del surco tenías que darle la vuelta a las palas, porque una vez labraba una, y otra, otra. A la vertedera también había que darle la vuelta a la pala. Eran diferentes, pero la misión era la misma. Llevaban una pieza, la esteba, que era con la que se cogía el aladro. La persona que lo manejaba tenía que ir de pie, caminando al paso de los animales. El bravante era tipo vertedera, pero llevaba unas cadenas, y el rusack era tipo vertedera, pero llevaba una rueda que iba más alta que la reja, y que regulaba la profundidad del surco.

-¿Cómo se hacía la siega?

-Se utilizaban la corbella y la zoqueta. Allí no se utilizaban mulos, era a mano. Con el tiempo traerían un peine largo tirado de mulos. Eso sería por los años sesenta –Felipe el cojo tenía una, Montero, otra… y yo no se si había alguna más. A la tarde, cuando se terminaba de trillar, se recogía en un montón la parva. Y si había aire la recogíamos con las horcas, de tres o cuatro ganchos. Para el trigo había palas, que eran de madera la mayoría. La operación era la siguiente: primero se empieza con las horcas a quitar la paja del grano, y ya cuando el grano está casi limpio, entonces se utiliza la pala, y ya va saliendo algo más de paja. Quedan la granza (espigas que no se han terminado de moler, alguna piedra que queda y cosas más gordas que no las has deshecho el trillo). Entonces se pasaban unos areles, que tienen unos agujeros de unos diez milímetros de ancho, y allí quedaba lo más gordo. Después se pasaban otros areles más finos, que hacían que ya solo quedara el grano. A veces quedaban capullos de los ababoles que quedaban sueltos, cabezas de los cardos; todo eso no lo deshacía el trillo, se quedaba en el arel gordo. Y luego ya si quedaba alguna paja más grande, ya se pasaba con los areles finos, a la medida del trigo, la cebada o la avena, que la función era la misma. Y luego ya quedaba todo aquello que era la granza, que eso se le echaba a las gallinas o a los mulos para que se lo comieran, que siempre quedaban espigas a mitad de granar, y era una lástima tirarlas, y los animales lo aprovechaban. Y después ya llenar el trigo en las talegas, cargarlo en los mulos y llevarlo a casa; y en casa, al hombro a subirlo a las cambras.

-¿Qué se hacía con el trigo cosechado?

-Se apartaba del trigo lo que se iba a utilizar para sembrar al año siguiente –se utilizaba de simiente-, tanto de cebada, como de trigo, avena, hieros o bezas (el grano y la mata del hiero son más pequeños que la beza). El resto del trigo, se llevaba al molino –a temporadas había molino en Las Cuerdas –ahora está derruido-;

antiguamente, había otro en Romediano –aún quedan allí restos-; también uno en la plaza, donde está La Lonja, antes de la guerra, que también duró unos años después de la misma; pero normalmente, se iba a Tormón –porque estos solo funcionaban de temporada, en invierno cuando llovía y había agua suficiente-. Se cogían las talegas, se bajaban a Tormón, se molían, se cogía la harina, y a casa. Y después tenían en cada casa un arca, y allí cernían la harina con un ciazo, que es un tipo de arel muy fino, que sale la harina, pero el salvado –la piel del trigo- se queda arriba. Por eso sale el pan blanco, porque no se cuela; si se colara, saldría el pan moreno. Y el salvado lo hacían servir para los animales –cerdos, mulos, gallinas…- y la harina, para hacer pan. A quien le sobrara trigo, lo vendía, pero la harina se la quedaba cada uno la suya. A la mayoría de la gente, le faltaba, y la utilizaba para la propia alimentación. Ahora la gente vende el trigo y compra el pan. Antes, no; era para la supervivencia de los vecinos.

-¿Qué cobraba el molinero por convertir el trigo en harina?

-No cobraba en metálico. Tenía una medida, que por cada fanega de trigo, se llevaba un tanto –un cacharrillo no muy grande, lo llenaba de trigo, y es lo que cobraba él-. Pasaba como con el pan; aquí se iba al horno, se amasaba el pan en la artesa, cada mujer lo suyo; le echaban la sal, tenían levadura que guardaban de lo que rascaban de la artesa y de las maseras, eso lo guardaban en un perol, y lo tenían hasta que amasaban otra vez, y la víspera de amasar, deshacían la levadura aquella, que quedaba un pegotico así, de medio kilo más o menos; lo deshacían con un poco de agua, y lo ponían en un perol grande cerca de la lumbre, y con el calor fermentaba toda la noche, y se llenaba hasta arriba. Aquello lo revolvían con la masa que hacían al día siguiente, y así se hacía el pan. Entonces iban al horno; allí hacían los panes, cada una a su gusto; unos los mascaban con una estrella; otros, con un cordón; otros, con una raya. La que marcaba con una estrella, aquellos ya llevaban el nombre de la casa –esos los hacía yo en la fragua-; en vez de pagar en metálico, daban un pan por cada hornada. Entonces, el pan duraba la semana por lo menos.

-¿Por qué ahora, por regla general, el pan no dura fresco tanto tiempo?

-Ahora se utiliza levadura artificial para el pan –polvo o pastillas-. Yo creo que esto lo hacen por la cantidad de féculas que tiene la harina, que no es tan pura, y entonces el pan no subiría tanto. Por eso el pan no aguanta más de un día, normalmente. El tipo de pan hecho con arena pura, aguanta muchos días, y tan bueno está el primero como el último… incluso mejor, porque el primer día, al cortarlo, suelta mucha miga, y luego ya se sienta, y te comes ese pan, y cada día está mejor. Más que el tipo de levadura, lo que fija el tipo de pan es la calidad de la harina.

-Volviendo a los aperos de labranza, ¿cómo se hacía la trilla?

-Principalmente, con el trillo: era una tabla de aproximadamente dos metros de alto y hasta metro y medio de ancho. Hacia la parte delantera hacía una curva levantada, para que no se enganchara la mies (cereal maduro) cuando iba arrastrada por los mulos. Allí subía una persona encima, en una silla. Iba circulando dando vueltas por la era; cada cierto tiempo se removía la parva para que la paja más larga que se quedaba abajo saliera y se separara del trigo, y así moler la paja para que comieran los mulos, que no quedara la paja entera a la altura de la mies. Se hacían de varios tipos de madera: pino, roble, etc., y luego, cuando terminaba la curva, había un picado lleno de grietas pequeñas de un tamaño de unos dos centímetros o tres centímetros por medio centímetro de ancho, y ahí en las grietas machacaban las piedras para que salieran a la misma altura. Aquello era pedernal, que es lo que cortaba la mies. Cada verano, antes de empezar, se volvía a repicar. Había especialistas que venían de otros sitios y miraban los trillos; si les faltaban piedras, las ponían. Normalmente, se les echaba un cubo de agua, vueltos al revés, para que se pretaran las piedras a la madera, y que no se soltaran. Llevaba en la parte de arriba tres travesaños, de punta a punta. Era un poco más ancho de atrás que de delante; donde terminaba la curva, en el travesaño aquel, llevaba una anilla clavada, y allí se enganchaba el arreo de las caballerías para que tiraran de él. Aquel arreo era basculante, no era fijo, y así si un mulo tiraba más que el otro, hacía balancín y no se enganchaba, iba siempre suelto. Aquí en esta tierra, normalmente se utilizaban dos mulos, aunque yo he visto fuera de Teruel que al principio ponían hasta seis mulos, que machacaban la paja con las patas. Luego ya, cuando estaba más picada, se dejaba un par igual.

-¿En qué momento se utilizaba el trillo?

Se utilizaba en las eras, cuando ya el trigo estaba segado, atado y acarreado. Era el final de la recolección. Y allí, según fueran los mulos más fuertes, más pequeños, se les echaba entre cien y ciento veinte fajos. Depende de las caballerías. Y a veces se ponían hasta dos pares de mulos en dos trillos; si era la parva (mies tendida en la era para trillarla, o después de trillada, antes de separar el grano) muy grande, uno iba a derecha y otro a izquierda, no iba uno detrás de otro: iban en dirección inversa. Esto se hacía cuando la parva ya iba muy adelantada –esto duraba desde las ocho de la mañana hasta las dos que se terminaba la parva-. En la parte de atrás del trillo, llevaban un par de ganchos, y se ponía una pieza de hierro que llevaba una plataforma no muy grande con dos agujeros para que se engancharan, que eran alcayatas, mirando hacia dentro, porque se metían y quedaba arrastrando –los clavos iban a una distancia de unos quince centímetros-, y hacía una curva –tenía medio metro de altura- y de punta a punta tendría setenta u ochenta centímetros de largura. Y en la parte trasera llevaba una ruedecita pequeña de hierro también, una muesca con un tornillo cogida a la rueda, y aquello tenía la misión de sacar las pajas largas que quedaban por debajo, las iba removiendo y las iba sacando arriba: aquello se llamaba torneador. Pero eso ya se ponía cuando la parva iba adelantada, porque si lo pones al principio coge toda la paja y se la lleva.

Raquel Cadierno Domingo

Naturaleza Viva

Sierra de Albarracín

La Sierra de Albarracín es el núcleo orográfico de la Cordillera Ibérica, caracterizado por el predominio de topografías planas o ligeramente onduladas, que han favorecido el desarrollo de la cubierta vegetal, especialmente el pino silvestre, en la zona entre Orihuela, Bronchales y Guadalaviar. La sierra eleva sus cimas al Oeste de la depresión de Teruel, hasta alcanzar los 1.921 metros en Caimodorro, separando los valles del Guadalaviar y del Júcar. Constituye, por tanto, un gran centro de dispersión de aguas, cuyo punto más importante es la Muela de San Juan.

Esta topografía ha impedido el desarrollo de la agricultura por la falta de suelo cultivable y la altitud del terreno. Por ello, las actividades agrícolas han quedado reducidas a los escasos fondos de los valles. Las aptitudes, por tanto, que ofrece la comarca de Albarracín se centran en la explotación silvo-pastoril, única actividad –junto con la turística- que puede adaptarse a lo que el medio natural ofrece. En muchas ocasiones, la visión de la Sierra de Albarracín está relacionada con un mundo aparte, tanto geográfica como históricamente. Tal y como señaló Grunfeld en la España musulmana, Albarracín era un Reino independiente gobernado por la familia de Aben Racin, de ahí su denominación, como Estado vasallo del Califato de Córdoba. Hoy forma parte de Teruel, pero en un enclave que no parece aragonés ni castellano. Quizá a esto hayan contribuido las casi inexistentes comunicaciones, que aíslan de forma práctica a los moradores de pueblos que sobrepasan los mil metros de altura.

La sierra tiene su principal núcleo de población en un centro amurallado desde la Edad Media, conocido por su belleza y porte: Albarracín. Situado sobre un terreno muy accidentado por las estribaciones de los Montes Universales, el trazado de sus calles se adapta perfectamente a la topografía del terreno. Presenta diferentes altitudes, entre los 1.160 metros de la Plaza Mayor y los 1.180 en las últimas calles. El núcleo principal se localiza entre el castillo y la bajada del cerro, con calles que forman atractivas escalinatas para superar la pendiente. Entre sus monumentos, destacan la Iglesia de Santa María, la Catedral, el Palacio Episcopal, algunas mansiones señoriales, como la de los Monterde, la casa de la Julianeta, la casa de la calle Azagra, la plaza de la Comunidad y la pequeña Plaza Mayor. Llaman la atención sus escalinatas y pasadizos y el conjunto de su caserío de muros irregulares, de color rojizo, con entramado de madera y tabicones de yeso rojizo que confieren el color característico al conjunto, con aleros que se tocan. Destacan por su belleza las puertas y picaportes de hierro (los hay hasta con forma de dragón), las diminutas ventanas, balcones corridos en rica forja y de madera tallada... Gracias a su situación estratégica, Albarracín estuvo habitado por distintas civilizaciones, conservando restos de muchas de ellas. Tiene pinturas rupestres de la época Paleolítica, yacimientos íberos, un acueducto romano y restos de edificios moriscos, como la Alcazaba y el Torreón del Andador. Pero el monumento principal de Albarracín es la ciudad en sí misma y la belleza del paisaje rodeno que la rodea. Ya Azorín dijo de ella, en 1946: "Visite una de las ciudades más bonitas de España, visite Albarracín". Según algunas encuestas, para muchos, la más bonita de España.

Raquel Cadierno Domingo

Aragoneses Ilustres

Raquel Meller o La Diosa del Paralelo

Francisca Marqués López nació el 9 de marzo de 1888 en el seno de una familia humilde del viejo barrio del Cinto, en Tarazona (Zaragoza). Hija de aragonés y de riojana, se trasladó con sus padres al pueblo de Inestrillas (La Rioja), donde su padre trabajó como herrero. Más tarde la familia se trasladaría a Tudela y después, ya sin Francisca, a Barcelona, quedando la niña al cuidado de una tía materna monja, y fue en el convento de las Clarisas de Montpelier donde empezó a cantar en el coro, antes de reunirse con su familia en el barrio barcelonés del Poblesec, cerca de El Paralelo. Francisca trabajó allí en un taller de confección de la calle Tapinería, frecuentado por distintas vedettes de la época, coincidiendo con la célebre cantante Marta Oliver, que la llevaría a debutar en el salón La Gran Peña en febrero de 1908 bajo el nombre de La Bella Raquel. Durante ese mismo año recorrería Barcelona, Valencia, Sevilla, Cartagena y Madrid, aumentando su éxito y cambiando definitivamente su nombre al de Raquel Meller, en recuerdo de un amor alemán. El 16 de septiembre de 1911 debuta en el Teatro Arnau de Barcelona, ya como una estrella indiscutible. Dicho teatro seguía llenándose en 1912, y se cuenta que en una función del Liceo en beneficio de la Asociación de la Prensa más de cuatro mil espectadores fueron a verla. En esta época Raquel incorpora a su repertorio dos de las composiciones que la acompañarían siempre: El Relicario y La Violetera.

En 1917, mientras trabajaba en el Trianon Palace de Madrid, conoció al escritor y diplomático guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, con quien se casaría en Biarritz en 1919, causando cierta polémica, ya que había estado relacionado anteriormente con la famosa espía Mata Hari. El matrimonio terminó tres años después, principalmente por el carácter voluble de Meller, a quien el propio rey Alfonso XIII llegó a decir "cuando te sale la maña, eres imposible".

Mientras tanto, Raquel celebraba sus primeros triunfos en París, Argentina, Uruguay y Chile. En 1918 el gran pintor Sorolla la retrata en un cuadro que actualmente está expuesto en el Museo Sorolla de Madrid. En 1919 inicia su carrera cinematográfica con gran éxito con Los Arlequines de Seda y Oro, y pasa al cine de producción francesa: Rosa de Flandes (1922), Violetas Imperiales (1923), La Tierra Prometida. Otras de sus películas más famosas fueron Ronda de Noche (1925), Carmen (1926), La Venenosa (1928) o Nocturno (1927). En 1932 rodó para el cine sonoro una versión de Violetas Imperiales, y en 1936 comenzó Lola Triana, interrumpida por la Guerra Civil.

En 1926 realiza una gran gira por los Estados Unidos, recorriendo Nueva York, Filadelfia, Chicago, Boston, Baltimore y Los Angeles, llegando a aparecer en la portada de la revista Time. Alrededor de 1930, Charles Chaplin le pide que interprete el papel protagonista de su película Luces de la Ciudad (1931). Finalmente, Meller no interpretó el papel, aunque Chaplin sí incorporó la melodía de la canción La Violetera como tema principal de su película. Meller fue musa de numerosos intelectuales: Álvarez Quintero, Manuel Machado, Galdós, Benavente, Eduardo Marquina, Ángel Guimerà... En los años treinta Raquel residió en Francia, disfrutando de la vida de una gran estrella, coincidiendo en el París de Sarah Bernhardt, Mistinguette, Eleanora Duse, Isadora Duncan o Josephine Baker, llegando a ser más popular incluso que estrellas como Carlos Gardel y Maurice Chevalier. Incorporó a Carmen Amaya en su revista París-Madrid.

Su voz, belleza, elegancia, grandes ojos negros y su talento como cupletista la habían convertido en una estrella. Antes de que ella apareciera en escena, los cuplés eran vistos como algo vulgar. La interpretación de Raquel Meller, llena de espiritualidad y delicadeza, elevó al cuplé de categoría, bien visto desde entonces por la burguesía y la alta sociedad de la época.

La Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial provocaron un cambio abrupto en su carrera. En 1937 viajó a Argentina, donde se quedó hasta 1939. Después de la Guerra Civil se mudó a Barcelona y allí se casó por segunda vez con el empresario francés Demon Sayac, del que se divorció en 1943. En 1946 reaparece con la Compañía Vienesa de Revistas dirigida por Arthur Kaps y Franz Joham. En los años sucesivos, tras la llegada del cine sonoro y las comedias americanas, su fama se apagó. A finales de los años cincuenta todavía hizo alguna actuación esporádica, resistiéndose al olvido y arremetiendo orgullosamente contra sus seguidoras, ya fueran Lilián de Celis o Sara Montiel.

Poco después del estreno de las películas El Último Cuplé (1957) y La Violetera (1958), con Sara Montiel, donde se cantaron los éxitos de sus tiempo de gloria, Raquel trató de recuperar su fama de estrella, pero fracasó, ya que nadie se acordaba más de ella.

En abril de 1962 es ingresada en el Hospital de la Cruz Roja, víctima de una grave enfermedad. Cada día que Meller estuvo ingresada hasta su muerte, se recibían más de doscientas cincuenta llamadas diarias en el hospital, y muchos años después todavía alguien seguía depositando un ramo de violetas en su tumba.

En 2006 se estrenó el espectáculo musical Por los Ojos de Raquel Meller, del director Hugo Pérez, que repasa la historia de España a través de la vida de esta artista excepcional. Esta obra ha tenido un gran éxito de crítica y público, y sigue representándose en la actualidad.

Raquel Meller, mujer adelantada a su tiempo, que vivió su vida fuera de todo convencionalismo, fue la artista española con más éxito internacional durante los años veinte y treinta, y una de las más grandes del siglo XX. La Diosa del Paralelo decía de sí misma:"Yo no soy cupletista. Tampoco soy cancionetista. Yo soy Raquel Meller".

Raquel Cadierno Domingo

¡Si las paredes hablasen!

Desde hace años me pregunto qué habrán vivido las piedras que conforman los muros de nuestras casas, de las calles, de la iglesia y la ermita…me cuestiono cuántos secretos habrán descubierto, cuánta sabiduría habrán captado y los miles de acontecimientos que habrán presenciado. Como dice la frase: ¡Si las paredes hablasen!

Es algo que me intriga y a la vez deseo. Y dirán, ¡qué chafardera!, -como decía mi abuela María, la Brinquis-. Pues la verdad que a veces todos los somos un poco, pero esta vez no es cuestión de cotilleo sino, de preocupación. Este texto es simplemente un intento de alertar a los lectores de este gran proyecto, El Escaramujo. De un tiempo a esta parte estamos perdiendo las antiguas historias, cuentos, tradiciones y leyendas que un día se vivieron por estas tierras que algunos tanto queremos, otros añoran porque están lejos y otros simplemente las tienen en el recuerdo. Aún recuerdo hace un par de años una conversación con Víctor -el pequeño de César como dicen las abuelas-, hablando sobre cómo recuperar las antiguas historias de nuestras respectivas abuelas: "se debería escribir un libro", decíamos. Y es del todo cierto que nos olvidamos de lo más esencial, de lo que un día fue un pueblo y una vida en un recóndito lugar de la Sierra de Albarracín con una riqueza paisajística admirable. Desde grandes sabinares, fósiles de hace miles y miles de años, barrancos, montañas…

Volviendo a los recuerdos de la abuela… recuerdo cómo cada noche antes de irme a dormir, me acababa contando la misma historia la cual hacía la función de fábula- de esas de buenos y malos - . Y dice así: "cuando sonaban las campanas todos corríamos hacia unas rocas que había más allá de la ermita, y nos escondíamos… y desde allí oíamos….fiuuuuuu….poom…. y con un palo entre los dientes esperábamos a que la tormenta de aquellas cosas negras que caían del cielo se parara…." Nunca había oído a nadie imitar tan bien el ruido de aquellas cosas negras como decía ella, proyectiles que iban desolando pueblos y destruyéndolos.

"Y dejé de ir a la escuela. Mi madre lavaba la ropa a los soldados mientras yo les llevaba la comida".

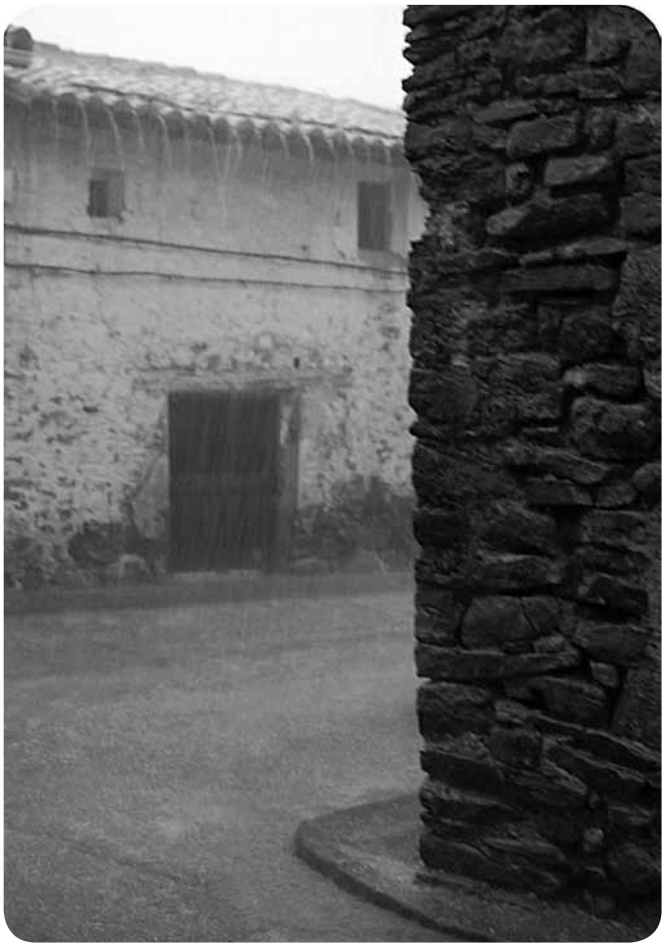
De pequeña no podía creer que mi yaya no hubiera ido a la escuela. Como ella decía: cuando llegó la guerra todo se paró. "¿Sabes cuantos días tardamos en llegar a Madrid? Siete días, un día a pata y otro caminando – una de sus tantas expresiones-. Llegábamos, mi madre iba a la carbonera, hacía el carbón y nos volvíamos con una mula y siete noches por delante hacía Jabaloyas o Alobras, donde tocara". Con siete años aprendí cómo se hacía el carbón de modo tradicional. El día que en clase lo explicaron yo fui la avanzada del temario.

"Aún me acuerdo cómo íbamos a la cárcel de Albarracín a visitar a mi padre"-¿mi bisabuelo en la cárcel? No entendía por qué. Años después caí en la cuenta-. Era muy guapo e inteligente. Formaba parte de un sindicato- "…Vicky, tú sabes lo que es un sindicato?" Yo no sabía qué era un sindicato. Solo sabía que yo me sentía orgullosa de mi bisabuelo que nunca llegué a conocer y de mi abuela, porque aunque fuera delgada –criticada cuando era joven, llamada "patas de alambre" por algunas de sus tocayas y compañeras de escuela- y con aspecto de mujer frágil no lo era de espíritu. Ella nació en el país de la Liberté, égalité, fraternité y a los tres meses volvió a un país que después de una república, fue un territorio donde el significado "libertad" se difuminaba por momentos, las desigualdades aumentaban y olvídense de amor entre hermanos, porque ¡hasta estos se llegaron a enfrentar!

Yo no viví LA GUERRA, pero sí he sido testigo de alguna que otra lágrima de alguien que sí que lo vivió de primera mano. De historias como estas hay miles, millones… tantas como personas que las vivieron. Es por eso que os invito a buscar entre los recuerdos en casa de los padres, abuelos, bisabuelos y hasta que algún tatarabuelo… Es una lástima que se pierdan testimonios y queden en el olvido; es por eso que os invito a escribir aunque sean cuatro líneas y compartir todas estas experiencias vividas por los que un día habitaron Jabaloyas.

A los que han olvidado sin quererlo por algo llamado Alzheimer.

Vicky Laguía León



Fauna Aragonesa

El Águila Real

El águila chrysaetus o águila real es la mayor y más imponente de las águilas de nuestro territorio, llegando a tener una envergadura alar de más de dos metros de longitud. Se distingue por su cola redonda y su color leonado, pardo claro u oscuro. Los ejemplares más jóvenes tienen la cola blanca en la raíz e incluso zonas blancas en sus alas. También es conocida como águila dorada.

Pese a que las águilas reales peninsulares son animales sedentarios, los ejemplares más jóvenes recorren enormes distancias durante su primer invierno. El águila real vive siempre en pareja, pero nunca en comunidad. Allá donde pueda distinguirse algún ejemplar, no hay jamás ninguna otra ave rapaz, pues las expulsa de su territorio. Al igual que otras águilas, como la imperial, tiene varios nidos dentro del extenso territorio que domina, y va ocupándolos cada temporada de manera aleatoria. Generalmente anida en cavernas rocosas y a veces en los árboles; los nidos suelen estar situados entre unos 800 y 1.400 metros sobre el nivel del mar y a una altura inferior a la del terreno que le sirve como coto de caza. La razón es que acostumbra a capturar presas de considerable peso y tamaño, que luego traslada hasta su hogar, balanceándose en el aire y planeando con las enormes alas extendidas. Debido a estos hábitos, el águila real ha desarrollado al máximo su capacidad para el vuelo, y es experta en planear durante mucho tiempo.

Cada pareja de adultos inicia los vuelos nupciales en el mes de enero. En esta época, ambos sexos vuelan juntos simulando ataques en los que entrechocan las garras. Posteriormente, arreglan uno de los tres o cuatro nidos que poseen en su área de cría. La incubación de los dos o tres huevos se inicia entre marzo y mayo y dura aproximadamente 43 días. Sólo incuba la hembra, permaneciendo en el nido incluso después de que los polluelos han salido del cascarón; hasta que, después de 5 semanas, las plumas rompen a través del plumón de los polluelos. A partir de entonces el pollo (normalmente único; el más débil suele morir si escasea la caza) se queda solo, recibiendo la comida una vez al día en el borde mismo del nido. Cuando han pasado 8 semanas, el aguilucho tiene ya el plumaje completo y pasados 80 días ya puede volar.

El águila real se alimenta de palomas, córvidos, conejos, liebres, cabritos, corderos o gamuzas, tras perseguirlos en su huida, llegando a avalanzarse sobre sus presas a más de 150 km/h. A pesar de ser un excelente cazador, en muchas ocasiones se alimenta de carroña.

Tiene una increíble agudeza visual que le permite divisar a sus presas en una distancia de hasta kilómetro y medio. Es majestuosa al surcar el aire, pero algo torpe conforme se acerca a la tierra. Aprovecha las corrientes de aire y es especialista en planear y remontarse a ras de las laderas.

Históricamente ha sido considerada siempre como símbolo de nobleza, valor, poder y dominio del señor sobre sus vasallos. La mitología griega y la romana consagraron el águila real a los dioses Zeus y Júpiter. Al igual que muchas de sus especies hermanas, el águila real se encuentra en peligro de extinción. Sin embargo, la Península Ibérica es un lugar privilegiado donde se conservan algunos ejemplares que han optado por vivir en sus cordilleras y en los Pirineos.

Raquel Cadierno Domingo

Nuestra Historia

Los Juegos de Siempre

Nuestros abuelos no tenían Playstation, Samsung Galaxy o iPod, pero sabían cómo divertirse. ¿A qué jugaban nuestros mayores en su infancia? Estos son algunos de los juegos de su niñez, a los que quizá tú hayas jugado y que todavía puedes enseñarle a tus hijos.

Churros, taínes, media manga y manga entera

Consistía en dos equipos, cada uno de ellos con hasta seis niños. Se sorteaba el equipo para posar. El equipo perdedor se colocaba de tal manera que uno estaba apoyado de espalda a la pared, el siguiente contra su barriga, y el resto colocaba la cabeza entre las piernas del anterior, así hasta estar todos colocados en línea. A continuación, los componentes del equipo contrario subían a las espaldas de los que estaban agachados, y si conseguían permanecer a carramanchas (subidos a la espalda del equipo perdedor), se procedía a cantar lo siguiente: "Churros, taínes, media manga y mangotero, ¿qué es lo primero?" Un niño de los de arriba hacía una seña (churro, el niño se tocaba el antebrazo contrario; taínes, la mano en posición horizontal; media manga, el codo y mangotero, la muñeca). Si los de abajo adivinaban lo que marcaba el de arriba, ganaban y se invertía el turno, para así seguir el juego.

El Marro

Dos bandos con hasta diez niños cada uno, se colocaban la mitad a cada lado de la pared de una casa. Uno salía provocando a otro niño del bando rival, el cual corría hasta este para pillarle. Si no podía, cuando volvía a su pared salía otro niño en persecución del anteriormente perseguido, que también podía ser revelado a su vez por otro compañero de su propio bando, continuando el juego hasta que se pillaba a todos los niños de un mismo bando. Las partidas podían durar horas.

El Juego de las Cartetas

Se jugaba entre dos grupos de hasta seis componentes cada uno. Se hacía un círculo de unos setenta centímetros, y una raya de hasta tres metros. Se jugaba con cartetas (se hacían de cartón, eran cuadradas, de dos centímetros y medio de lado). Cada niño colocaba dentro del círculo cuatro o seis cartetas. Después, con los talones pegados a la raya del círculo, se tiraba una piedra de loseta o de hierro, con la intención de sacar del círculo el mayor número de cartetas.

El Barrón o Barra Aragonesa

Se jugaba lanzando lo más lejos posible una barra de hierro; ésta tenía que caer de punta, sin darse la vuelta. Quien llegara más lejos, ganaba.

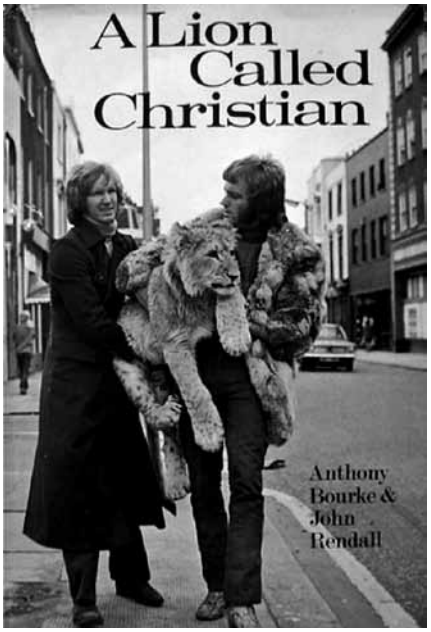
Raquel Cadierno Domingo

El rincón del lector

"Un león llamado Christian", de Anthony Bourke & John Rendall.

Quizá seas tú una de las millones de personas que se ha emocionado viendo el video de www.youtube.com en el que dos jóvenes se reencuentran con su mascota, un león llamado Christian. Esta es su historia.

En 1969, dos australianos recién llegados a Londres, quedan prendados de un cachorro de león en venta en los grandes almacenes de Harrods. Pese a tenerlo todo en contra (su familia estaba horrorizada ante la idea, no tenían dinero y vivían de alquiler en un apartamento encima de la tienda de muebles en la que trabajaban como dependientes), decidieron comprar el león, al que llamaron Christian -por aquello de que los romanos echaban a los cristianos a los leones-. Poco a poco se iría haciendo popular entre los clientes de Sophistocat, en King´s Road (Chelsea), recibiendo la visita de personalidades como la alcaldesa de Kensington, la actriz Mia Farrow o la modelo Emma Breeze. Los medios de comunicación se hicieron eco de la noticia: un león vivía en World´s End: Vanity Fair, el programa infantil Magpie de Thames Television, Radio 4, con su locutor Jack de Manio, la BBC o el Daily Mail entre muchos otros contaron con Christian. También apareció en infinidad de anuncios publicitarios, como el que rodó para la compañía aérea BOAC (actualmente British Airways), e incluso se haría un documental sobre su vida. Todas estas intervenciones permitían a Anthony y John hacerse cargo económicamente de su león.



A medida que Christian va creciendo, el apartamento, la tienda de muebles de pino y el sótano de la misma van quedándose pequeños, y tienen que recurrir al jardín amurallado de un amigo para que su león pueda disfrutar de espacios abiertos. Pero en abril de 1970, con ocho meses y pesando sesenta kilos, Christian necesita más libertad. Es entonces cuando los jóvenes se plantean el futuro del león: ¿desean verle encerrado el resto de sus días en un zoológico, entregarlo a un circo o dejarlo en el Longleat Safari Park –donde descubren que sus animales son utilizados frecuentemente con fines comerciales o en circos?-. Es entonces cuando conocen a los actores Bill Travers y Virginia McKenna, protagonistas de la película Nacida Libre, en la que se narra la historia de Elsa, una leona que es devuelta a la vida salvaje, y al director de la película, James Hill. Estos les conducirán hasta George Adamson, un experto en leones que se entusiasma ante la idea de llevar un león desde Inglaterra para liberarlo en África, y conseguir que se adapte a la vida salvaje.

Un león llamado Christian es la conmovedora historia real de dos jóvenes que un día tomaron una decisión que cambiaría sus vidas para siempre. Este libro no solo narra con todo detalle la vida y comportamiento de Christian en cautividad y su posterior adaptación a la vida salvaje en África, sino que nos acerca a comprender y amar a su protagonista, un león, más allá de la diferencia de especies. El reencuentro entre Christian, Anthony y John, un año después, es ya historia.

Actualmente, los protagonistas y autores de este libro, Anthony Bourke y John Rendall, están comprometidos con el medio ambiente y la protección de la flora y fauna salvajes, involucrándose en proyectos que luchan por la recuperación del hábitat y el desarrollo de infraestructuras para las especies en peligro de extinción.

Un libro para emocionarse y pensar.

Raquel Cadierno Domingo

Flora Aragonesa

Plantas medicinales de Jabaloyas

Jabaloyas es un pueblo rico en plantas medicinales. Estas son solo algunas de las muchas que podemos encontrar en sus parajes:

Ajedrea.

Amapola.

Artemisa.

Bardana.

Diente de León.

Enebro.

Espino Albar.

Gordolobo.

Lavanda.

Ortiga.

Tomillo.

Ajedrea: Sus ramitas y flores nos ayudan con los trastornos gastrointestinales, infecciones, fatiga mental, enfermedades del aparato respiratorio y problemas de circulación.

Amapola: Los pétalos secos colocados en capas son un sedante natural, bueno contra el insomnio, la tos y las anginas.

Artemisa: Sus hojas y frutos mejoran el apetito, la epilepsia, úlcera, problemas de vesícula y vómitos. Se ha utilizado tradicionalmente para regular la menstruación.

Bardana: Su raíz fresca, junto con las hojas y semillas son aconsejables para la diabetes, las afecciones de la piel y gota. Actúa especialmente en el intestino y los órganos reproductores.

Diente de León: Sus hojas y raíz se utilizan contra la arteriosclerosis, astenia, celulitis, colesterol, urea, reumatismo y varices. Estimula las funciones hepática y biliar, siendo útil en casos de hepatitis o cirrosis. Puede utilizarse para depurar la sangre de toxinas y proteger el hígado de intoxicaciones alimentarias o químicas.

Enebro: Sus ramas y frutos alivian el mal aliento, mejoran el apetito, la bronquitis, cistitis y reumatismo.

Gordolobo: Hojas, flores secadas al sol guardadas en la oscuridad, son recomendables contra el asma y las hemorroides, así como un remedio depurativo y diurético, excelente para la tos de cualquier origen, incluso la que se manifiesta con catarro intenso, escalofríos, fiebre, secreción nasal abundante y flemas.

Tomillo: Es antiséptico, cicatrizante, diurético, desodorante, hemolítico y estomacal. Activa la circulación y el sistema nervioso.

Lavanda/espliego: Recomendable en casos de bronquitis, es un antiséptico y cicatrizante, insecticida, diurético y bueno para el cabello, alivia el dolor y mejora los problemas de la piel.

Ortiga: Remedio natural contra la anemia, ciática; también es depurativa, diurética, alivia los síntomas de la menopausia, el reumatismo y la diabetes, además de detener las hemorragias y mejorar el sistema digestivo.

Cardo amarillo: Colocando los pétalos en alcohol durante diez días, las friegas con el cardo amarillo son excepcionales contra los dolores. Antiguamente se utilizaba para los sabañones, así como para combatir la fiebre.

Raquel Cadierno Domingo

Lo que de verdad le importa a una sardina

por Raquel Cadierno Domingo

Hace ya mucho, mucho tiempo, nació en Jabaloyas un niño al que los médicos no daban esperanzas de vida. Pese a ello, y para sorpresa de todos, el niño vivió. La mayoría le veía como una criatura fea que apenas podía andar y aprendía lentamente; para su padre, era perfecto tal cual era. Su torpeza, en vez de provocarle rechazo, le inspiraba ternura, y le recordaba a un gamo recién nacido que se tambalea en su intento de llegar a su madre, hasta que, sobre sus patas temblorosas, logra sostenerse en pie. Por eso le llamó Gamito. Esto provocó la hilaridad de las gentes, que se mofaban de él con bromas crueles. Tan pronto regresaba a casa, su padre le colmaba de besos y le enseñaba a manejar herramientas de trabajo, cultivar la tierra… quería que se convirtiera en un hombre de bien que pudiera ganarse el pan por sí mismo. En aquellos momentos, el niño era feliz, porque su padre le trataba con respeto y cariño. Entonces aprendía con rapidez y hacía preguntas hasta que este se quedaba sin respuestas. Pero luego volvían las risas y la crueldad: "¡Andanda qué mozo más recio! Replega esas patas, zagal, que estás tronchadico perdío… Menuda estroza hay que hacer, para arreglar ese cuerpo… ¡¡maaañooooo!!", le decían. Cansado de sus insultos, poco a poco fue evitando la compañía de los demás, porque le hacían daño. Su padre, al verle tan solo, pensó que necesitaba un amigo de verdad. Y un día, le trajo a casa un cachorro de perro y le dijo "es un amigo único: nunca te abandonará, y te querrá más que a nadie. Incluso aunque te portes mal con él, él siempre verá lo bueno que hay dentro de ti y será leal, igual que la Luna sigue al Sol a través del tiempo". El niño abrió mucho los ojos y su cara se iluminó con una sonrisa mientras su nuevo amigo le lamía las manos. Tenía el pelaje negro azabache, y era pequeño y gordito –otro bicho raro para la casa-, dirían en el pueblo después. Le llamaron Lobo Azul, porque era valiente e intrépido (aunque no tuviera cuerpo para ello, a él le daba igual: tenía una gran personalidad). Gamito se concentró en lo que le gustaba; cuando acompañaba a su padre a la siembra, o iba de paseo camino de la Fuente del Cántaro, y veía a lo lejos el pueblo haciéndose pequeño, mientras Lobo Azul ladraba contento persiguiendo mariposas… entonces se sentía feliz. Y se dio cuenta que estar bien no dependía tanto de los demás como de uno mismo. Su padre le decía: "vive tu vida, vive a tu aire; la vida es muy bonita, pero también es muy dura. Pase lo que pase, sigue siempre adelante y lucha, Gamito, hijo mío". Y entendió que sus defectos solo estaban en los ojos de los demás. Él podía hacer cualquier cosa. Solo tenía que creer en sí mismo y luchar sin rendirse jamás.

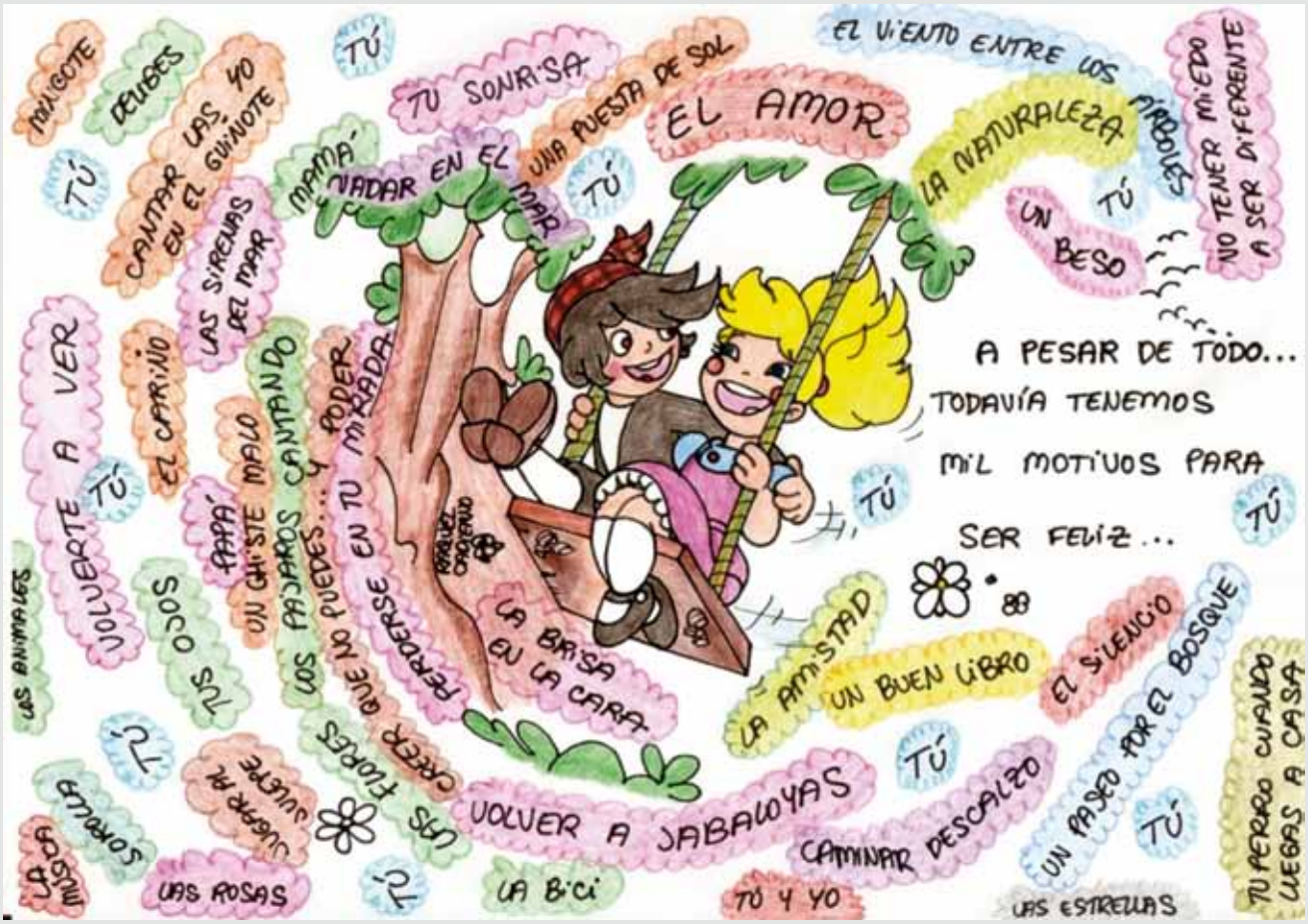
Un día su padre cayó enfermo. Gamito le cuidó, le habló y cogió su desgastada mano, pero no pudo evitar que se marchara. "La muerte nunca nos viene bien", le dijeron mientras tragaba un millón de lágrimas. Cuando todos se marcharon, se encerró en casa y no salió en mucho tiempo. Se sentía como un barco a la deriva porque el faro que iluminaba su viaje se había apagado sin más. El corazón le dolía como si lo hubieran atrapado en un puño. Despertaba deseando que todo hubiera sido una pesadilla. Pero no lo era… y se preguntaba cómo el sol podía seguir saliendo y los pájaros cantar cuando su padre ya no estaba allí. Una noche, unos tiros le despertaron. Lobo Azul aulló y el muchacho, sin pensarlo, salió de casa. Su amigo estaba herido en el suelo. Gamito lo abrazó, consternado. "¡Eh, zagal! ¿Ese bicho es tuyo? Creíamos que entraba en la casa a robar gallinas y le hemos metido cuatro tiros. Ah, ¿que es tu perro? Chicoooo, si te hemos hecho un favor… ¿quién quiere semejante alhaja con dientes?". Unos cazadores de paso le habían disparado. Al ver la expresión de furia en sus ojos, salieron huyendo, creyendo haber visto al mismísimo diablo. Esto sacó a Gamito de su letargo. No podía permanecer hundido por más tiempo. Recordó los consejos de su padre, y decidió levantarse y vivir. Por mucho que llorara, su dolor no le traería de regreso. Tenía que hacer que, allá donde estuviera, se sintiera orgulloso de él. No podía seguir arrastrándose sin más. Curó a Lobo Azul y se sintió feliz de que su único amigo permaneciera a su lado. Comenzó a trabajar en la casa. Era vieja y había muchas cosas que arreglar. Empezó a limpiar y a reparar todo aquello que estaba en malas condiciones. Cuando terminó con la casa, adecentó el terreno que la rodeaba. Cuando terminó con el terreno, trabajó en las tierras que le pertenecían. Y cuando ya no hubo nada más que limpiar, arreglar o cultivar, echó a andar con Lobo Azul. Recorrió todo Jabaloyas. Subió al Jabalón cada día y bajó por la Veguilla cada tarde. Se durmió contemplando la noche estrellada de su pueblo… y decidió andar más allá. Y andando y andando, llegó al Molino de San Pedro. Se dio un buen baño en sus frías aguas, y reposó en la orilla. Lobo Azul ladraba y Gamito se extrañó. Con los ojos entornados, miraba el agua, pero no veía lo que veía su amigo. Ya se marchaba cuando sintió la mirada de alguien clavada en su nuca. Se giró lentamente, y vio una muchacha que le observaba desde el agua. "¿Quién eres?"- le preguntó. Pero la muchacha no respondió. Solo le miraba con grandes ojos tristes. Así permanecieron mucho tiempo mirándose sin decir nada. Lobo Azul se había quedado dormido y estaba atardeciendo, pero Gamito no conseguía salir de su estado de sorpresa. Nunca había sentido aquello. No comprendía qué era lo que se agitaba dentro de sí. Debería haberse enfadado con ella por no responderle. Pero en sus ojos no había burla ni crítica. Sus ojos eran limpios. Y como la casa estaba ordenada, las tierras cultivadas, la despensa llena y el sol salía cada día con una vida por vivir, Gamito se propuso averiguar quién era la muchacha del agua. Poco a poco ella se acostumbró a sus visitas. Y, al reconocerle, cambió los ojos tristes por una sonrisa. Otro día cambió la sonrisa por un saludo. Y otro día se contaron su historia. Gamito le habló de la vida con su padre y Lobo Azul en Jabaloyas, de las alegrías pero también de las burlas y la humillación… de la marcha de su padre y de la soledad que vino después. Ella le contó su historia. Era una sirena atrapada en el mar por una bruja que la había llevado hasta la orilla con argucias y cuentos de vieja. Una vez en tierra, se la había llevado lejos, muy lejos… hasta llegar al Molino de San Pedro. La bruja se marchaba de día a hacer maldades por el mundo, y volvía de noche, junto con su hija sirena. Le regalaba baratijas y le contaba lo que ocurría más allá de la catarata, pero la sirena se sentía triste porque solo conocía aquellos parajes y era presa de una amarga soledad. Gamito la escuchó y su corazón se encogió. La sirena necesitaba huir y volver al mar para ser feliz. Ella intentó disuadirle: la bruja Herminia Tentetieso la atraparía y la encerraría bajo mil llaves: nunca más volverían a verse. "No puedes vivir con miedo, sirena; tienes que luchar" le decía Gamito. Pero ella se hundía en el agua cuando no quería escuchar más.

Gamito se pasaba los días y las noches pensando en su sirena. Sin darse cuenta, dibujaba su silueta en la arena, la grababa en la madera… hasta que otros del pueblo se dieron cuenta, y decían: "¡Gamito está enamorado de una sardina! ¡Es más tonto que Pichote!" Pero tan ensimismado estaba él, que no se daba cuenta… hasta que una tarde, cuando dejaba a su amiga, vio que le habían seguido. Entonces temió por ella, porque le arrebataran a su niña del agua, y le advirtió que corría peligro. "No temas, Gamito, me esconderé en el fondo del río Cabriel, estoy acostumbrada. En todo este tiempo, solo tú me has encontrado. La gente no ve más allá de lo que quiere ver. Nadie puede ver una sirena porque no creen en sirenas. Igual que en tu pueblo hay quien no puede ver al verdadero Gamito, porque no creen que pueda existir alguien como tú…". Y se metió rápidamente bajo el agua, para que el muchacho no viera que estaba colorada como escaramujo. Pero él no lo entendió; solo pensó que eran cosas de sirenas.

Aunque la muchacha ya no hablaba de querer marcharse del río, Gamito temía por ella y porque alguien la hiciera daño. Pero, más allá de esto, quería hacerla feliz. Y pese a que nada deseaba menos que ella se fuera, quería que viera el mundo con sus propios ojos y pudiera elegir. Quería sacarla de su cárcel de agua. Así que un día, tras muchas súplicas, logró convencerla para dejar que se la llevara de vuelta al mar. La sirena no quería irse, pero sintió que si Gamito no la quería, le daba igual todo lo demás. Y si lo que a él le hacía feliz era que se marchara, así lo haría. Y antes de sumergirse en las saladas aguas del mar, mientras decía adiós con la mano a Gamito y Lobo Azul, las lágrimas corrían por sus mejillas, confundiéndose entre las olas y su oscura melena. Ella ya no podía verles bien, porque si les hubiera visto, se habría dado cuenta que Gamito también lloraba. Pero él creía que estaba haciendo lo mejor por la sirena. Así que dio media vuelta hasta Jabaloyas. Y cuando llegó a casa, se encerró en ella, derrotado. ¿Por qué, si había hecho lo correcto, sentía tanto dolor? Lobo Azul le miraba y frotaba su peluda cabeza contra las piernas del muchacho, intentando comprender algo que ni el propio Gamito entendía. Y así permaneció treinta días y sus treinta noches postrado en la cama con el alma rota. La última de esas largas noches de dolor, negra como boca de lobo, llamaron a la puerta con golpes secos. Se levantó y fue a abrir, ojeroso y despeinado: "¿Dónde está mi hija?"-dijo una mujer con mirada de cuervo sarnoso. "¿Su hija?" "Sí, mi hija, mi niña sirena. ¿Qué has hecho de ella, que hi dau más vueltas que un pirulo buscándola? Ya no me llevan los remos de las vueltas que he dao. No me pongas cara de que no sabes ni picota, mozo. Mi hija es un cacho pan, una chica de prendas. Tiene piel blanca como la Luna y el pelo negro como la noche, con ojos claros y rasgados como el cielo azul; eso sí, no tiene dos chichas, y además es mitad mujer y mitad pez. ¡Habla o como Dios pintó a Perico que te desarmo aquí mismo, zagal, que estoy de muy mal temple!". Gamito se quedó anonadado al ver a aquella vieja maldiciendo, y le contó la historia. "¡No me corrompas, no me corrompas…! ¿Pero qué romances son esos? ¿A santo de qué se ha jopáu la niña del agua? Si se me ha pasao la vida lloriqueando de soledad, que me hacía duelo verla… y ahora que la tenía toda contentica, deseando siempre que llegara la tarde, qué mi sió por qué… ¡se me va de picos pardos! ¿En qué pende esto, pues? ¡Pues pa judías tengo yo el cuerpo! Anda, menea esas tabas y llévame donde la dejaste, tontilán. Me sabe mucho malo lo que me dices, pero ya está hecho. ¡Bien, sartén! Vamos a arreglarlo". Y como la casa estaba ordenada, las tierras cultivadas, la despensa llena y el sol salía cada día con una vida por vivir, Gamito y Lobo Azul llevaron a Herminia Tentetieso hasta la orilla del mar donde se despidieron de la sirena. Era noche profunda y apenas sí se veía una estrella. La bruja extendió sus manos sobre el mar y pronunció las palabras de un antiguo conjuro para atraer a la niña huída "zarrabís-zarrabás habla oh, mar, zarrabís-zarrabás… ¿dónde está mi niña albar?" Y el mar le contó a la bruja que la sirena había vuelto a su hogar, donde pertenecía. La bruja le pidió al mar que devolviera a la muchacha de ojos de cielo, porque su corazón ya no pertenecía al agua. Entonces bruja y mar hicieron un pacto: la sirena permanecería siete años en el océano. Transcurrido ese tiempo, podrían reunirse con ella en la orilla. Entonces, ella elegiría quedarse o retornar a su mundo de agua. La bruja maldijo en silencio, pero el mar había sido generoso. Un trato es un trato. Se alejaron de allí hasta Jabaloyas, y durante siete años Gamito y Lobo Azul no supieron de la sirena ni de la bruja Herminia Tentetieso. El joven se concentró en su casa y sus tierras, y trabajó duro. Intentaba no pensar en la muchacha, pretendiendo convencerse de que en realidad las sirenas no existen y, si lo hicieran, nunca se fijarían en alguien como él. Poco a poco la gente comenzó a verle de otra forma. Las mozas del pueblo empezaron a fijarse en él. Ya no era el niño asustadizo de antes; ahora era un hombre serio al que la gente tomaba en serio. Pero su trato con los demás era poco más que correcto. No le distraían las adulaciones de las jóvenes ni hablaba más de lo justo. Intentaba olvidar y centrarse únicamente en cosas materiales y realistas. Aún así, de noche, cuando tardaba en conciliar el sueño, pensaba en los ojos de la niña del agua y en qué pasaría sí, transcurridos los siete años, ella decidiera volver.

Y así pasó el tiempo y Gamito no consiguió olvidar a su sirena. Por eso el día de antes se echó la mochila al hombro y junto con Lobo Azul, se fue de Jabaloyas camino al mar. "Va a buscar a su sardina", aventuró algún bromista. Pero nadie rió esta vez, porque Gamito ya no era un niño y sabía lo que quería. Ahora sí le respetaban. Y esta vez, aunque no hubiera tenido la casa ordenada, las tierras hubieran estado cubiertas de cardos, la despensa vacía y el sol no hubiera salido porque ya no hubiera habido vida alguna por vivir, Gamito se fue al mar. Porque un trato es un trato, y tras siete largos años, necesitaba ver a su sirena. Y allí, cuando ya se ponía el sol, apareció la bruja Herminia Tentetieso: "Mialo qué bien te veo, Gamico, hijo mío. ¿Cómo has estao? Yo, como junquico en el agua de solica… " y se sentaron los tres en la arena a esperar. Y la noche se fue cerrando hasta que solo se vieron estrellas. Entonces, entre las olas, salió la niña del mar. La bruja soltó la garrota y corrió hasta la muchacha, abrazándola. Gamito permaneció quieto, sin saber bien qué hacer. La sirena, al reconocerle, sonrió, y le dijo "he hecho lo que me dijiste. He viajado por los cuatro océanos. He conocido países y culturas… he hablado con hombres y mujeres de todos los colores y condición. He visto maravillas y desastres en este planeta azul. Pero nunca el mundo me pareció tan bonito ni fui tan feliz como cuando tú me hablabas en el Molino de San Pedro… Ahora ya se lo que de verdad importa: ¿me puedo quedar?" Gamito se quedó sin habla, mientras la bruja Herminia Tentetieso daba saltos de alegría "¡ay, ya sabía yo que estos dos hacían buenas migas! Estáte al tanto lo que te dicen. ¿Qué va a ser esto, pués?" Lobo Azul empujó a Gamito, que reaccionó al fin y abrazó a su niña del agua. "Sí, quédate… quédate". Y el mar dejó que la niña sirena pudiera ser mujer completa y volviera a Jabaloyas, en cuya iglesia de Nuestra Señora de la Asunción se casó con el hombre que nació sin esperanza pero que a base de tesón lo consiguió todo: una mujer que le amaba, Lobo Azul como leal amigo, y una suegra bruja muy maña que cocinaba gachas y cardo con salsa de almendras y piñones. Y sí: fueron muy… muy felices. Porque la gente buena siempre, siempre merece un final feliz, ya sea hombre, bruja o incluso sardina.

¡Ay, maño!



Agradecimientos

Quiero dar las gracias de todo corazón a la Asociación Cultural San Cristóbal de Jabaloyas por su esfuerzo e interés a la hora de seguir adelante con El Escaramujo. Gracias a José Antonio Jarque, Lito, Esther, Eloy Domingo, José Aspas, Rosa Font, Vicky Laguía, José Cabañas, Mamen, Patxi y su equipo, porque sin su colaboración y trabajo habría sido imposible hacer esta revista. Gracias a todos los amigos que me han dado su opinión y apoyo, en especial a Vicente, Milagros, Ismael, Sonia, Javi, Rob Green, Nucharee Ratanaprechavej, Carolina, Alfonso, Luisa, José, Meri Yo, Montse, Mario, Silvia, Begoña, Estela y Eva… perdonadme si me olvido de alguien. Un recuerdo especial a la memoria del niño de Oropesa de Toledo, en quien me inspiré para describir a Gamito de pequeño, en el cuento de la sardina. Gracias a todos los lectores de la revista de dentro y fuera de Jabaloyas, porque gracias a vosotros hay un segundo número de El Escaramujo.

Con amor, a mi madre, por su fortaleza, ejemplo y cariño incondicional.

Raquel Cadierno Domingo

ASOCIACIÓN CULTURAL SAN CRISTÓBAL

Ayuntamiento de Jabaloyas

Comarca de la Sierra de Albarracín

ASIADER